

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Fabián Estapé Rodríguez

Sr. Presidente:

Agradezco que la decisión tomada en su día me permita participar en un acto que, se quiera o no se quiera, constituye una Sesión de homenaje, de tributo, de admiración y respeto, ni más ni menos que a una figura que yo tengo la seguridad, y creo que la comparten todos los que aquí estamos, y muchísimos que aquí no están, porque se refiere a un español, en este caso a Laureano López Rodó, que el paso del tiempo convertirá, destacará, señalará como uno de los españoles de mayor relieve, de mayor incidencia en la evolución de la España de la segunda mitad del siglo xx. Podría parecer ésta una afirmación protocolaria o poco fundada pero quiero entrar en algunos detalles que en buena medida son complemento de lo que ha dicho Jesús González Pérez. Él ha tenido la ventaja, si se quiere, no de haber sido el primero en hablar, que ya es ventaja, sino la de decantarse y sedimentar su exposición en la vertiente de Laureano López Rodó como maestro del Derecho, como formador de juristas a lo largo de una carrera que todo el mundo ha conocido y delata cerca de cincuenta años que debía ser el período que Jesús nos ha delineado. Yo quisiera añadir algo distinto, y algo que nos afecta especialmente a los economistas de esta casa e incluso que no pertenecen a esta casa o que hoy no han podido asistir, es decir, la capacidad, el inmenso atractivo, arrancando de una vertiente selectiva que tuvo López Rodó a partir de su aterrizaje, el 15 de diciembre de 1956 en la Secretaría General Técnica de Presidencia del Gobierno, sabiendo convertir lo que parecía un nombramiento más de aquellos que abrumaban el *Boletín Oficial del Estado*, convertido en una especie de Cabo Cañaveral porque a través de esa plataforma supo atraernos a muchos de una especialidad, la economía, que no era la suya pero que sabía era importante, que sabía era casi esencial para la tarea que se había impuesto que era la de reformar el país. es decir, en un sentido amplio, diríamos que Laureano López Rodó fue a finales del siglo xx un reformista partidario de reducir los costes sociales, humanos, científicos, personales de toda reforma y de ir abriendo puertas y caminos a través del diálogo. Es cierto, yo creo que somos, aquí hay algún testigo, quizá el más adecuado y nuestro Presidente recordará como en unos momentos francamente hostiles, adversos para la especialidad que cultivábamos, López Rodó supo abrir las puertas, llamar y proteger, proteger incluso porque incluso protección le pedimos en una ocasión, dejando su despacho, en unos momentos en los cuales protección consistía en que con su autoridad se detuviera toda acción, no voy a llamar punitiva, pero por lo menos casi represiva por utilizar el término región en vez del término pro-

vincia que éste era el que se llevaba. Hasta en esos pequeños detalles pedimos ayuda a Laureano, y la obtuvimos, siempre. Naturalmente esto iba acompañado de su saber hacer, y de su recordatorio de que incluso materias menores convenía no forzar, no provocar, no tener en cuenta que hay muchos otros distintos, distintos y distantes. Yo quiero decir que algún día podremos escribir los orígenes de su llamada desde un puesto clave como era la Secretaría General, pasando por el Plan de Estabilización hasta aquella famosa Comisión Consultiva de los Planes de Desarrollo y recuerdo un detalle en estos momentos, que la vez que ingresé en esta casa como Académico, en la puerta de entrada, su comentario en voz alta, no en voz baja fue decir: «Que bien, ya tengo aquí dentro toda la Comisión Consultiva», es decir, ¿qué pasaba con esto? Pasaba que recibía pasados los años una especie de refrendo de sus criterios a la hora de elegir y había elegido sin detenerse en los colores de unos y otros, sino que lo que quería era competencia, seriedad y patriotismo, y digo patriotismo en el sentido más noble del término y esto yo lo aprendí a su lado. Lo aprendí, por ejemplo, en el viaje que tuvimos que hacer a París, a principios del primer Plan de Desarrollo, una vez convencidos todos de que lo más rápido era plagiar a los franceses, teniendo en cuenta que el Código Civil adolece de semejante influencia, y la Embajada de España en París con nuestro compañero Don José María de Areilza y Giscard D'Estaing que ya manifestó que haría lo imposible, y lo hizo, para que España no entrara en el Mercado Común. Lo bueno es que ahí en medio de esa cena estaba Jacques Rueff, que ayudó sin querer, esto pasa con los viejos profesores, ayudó a suavizar la situación: «Y ustedes en su Universidad ¿cuál es el texto que estudian? y digo: «El suyo». Y esto le gustó, suavizó y lo digo porque regresando a España, Laureano López Rodó tuvo que despachar y despachó con el Jefe del Estado, en unos momentos en que el Embajador de España en Francia había regresado de Estoril y entraba por otros senderos y provocaba aquella historia contada por López Rodó espléndida que dice: «no entiendo nada porque todos los cargos que ha tenido el Sr. Areilza se los he dado yo. La Alcaldía de Bilbao, la Embajada en Buenos Aires, la Embajada en Washington y ahora la de París, pero yo no le he nombrado jefe de la oposición». Pero esto quiere decir algo que la gente ha olvidado, la cantidad que tenía de buen humor dentro de la seriedad López Rodó, en el sentido de servir al país, porque era un servidor público como tantas veces se ha dicho que la gran Alemania del XIX se fundamentaba en grandes servidores públicos, bueno pues López Rodó era de esta estirpe y yo, por lo menos, puedo decir que de él aprendí mucho y aprendí que no es importante, no es suficiente pisar el acelerador sino disponer frecuentemente del freno.

Muchas gracias.